

que navegan apaciblemente con un viento favorable.

4° Nosotros tenemos principalmente necesidad de emplear contra este vicio *esas armas de justicia*, que san Pablo dice, están *á derecha é izquierda* (II Cor. 62); porque en realidad nos viene á atacar por una y otra parte. Efectivamente, cuando el demonio no ha podido envanecer á uno por un vestido bien hecho y bien propio, trata de hacerlo por otro ordinario y despreciable. Pero abate con la humildad á aquel que no ha podido vencer con la gloria. El domina á aquel que no ha podido levantar con la ciencia y la belleza de sus discursos, haciéndole sacar vanidad de su mismo silencio. Si un religioso jóven en presencia de los otros, se ve tentado de complacencia, y si se oculta por el menosprecio de la gloria que podría recibir, concibe sentimientos de orgullo. Evita el hacer largas oraciones delante de los hermanos por temor de envanecerse por ello, y enseguida se envanece por haberse escondido para orar. Esto hacía que los ancianos comparasen este vicio al bulbo. Cuando á este se le quita una piel, se le halla al momento otra, y cualquier esfuerzo que se haga para despojarle, siempre se le encuentra revestido de una nueva piel.

5° Este cruel enemigo ni aun cesa de perseguir á los solitarios que se separan de los hombres para evitarlo. Diriais que cuanto mas huyen del mundo, tanto son atacados por este demonio. El trata de envanecer á los unos porque soportan el trabajo, á los otros porque son humildes; á estos por su silencio, á aquellos por sus vigilias y sus lecturas; y cuando ve que un religioso marcha por el derecho sendero de las virtudes, le tiende lazos en su camino, como David se queja de ello (Psal. 111 — 4), inspirándole sentimientos de complacencia por el progreso que hace; así hace que encuentre la muerte, si tiene la desgracia de escucharle, en aquello mismo que le debía dar la vida.

6° Lo que hace á la vanagloria aún más peligrosa, es

que los lugares y los tiempos que adormecen á los otros vicios nada pueden contra ella. Ella ataca al cenobita en el monasterio, y al anacoreta en las profundidades del desierto. Ella ataca lo mismo á los ancianos que al joven solitario; y la más larga vejez, sino está apoyada sobre una sabia discreción, muchas veces peligrá de sucumbir bajo los tremendos golpes que ella le da.

7° Los jóvenes religiosos que no han adelantado bastante en la virtud y en la ciencia de los Santos, ordinariamente son tentados de la vanagloria por cosas de ninguna importancia. Los unos lo son por la dulzura de su voz, porque recitan agradablemente un salmo; los otros por ser delgados; otros, por tener el cuerpo vigoroso; otros, por haber nacido de padres nobles; otros, por no haber querido emprender la carrera militar, ó por haber despreciado los cargos. La vanagloria les hace creer que si hubiesen permanecido en el mundo habrían adquirido honores habrían sido elevados á dignidades, y ella les hace encontrar tanta complacencia en estas falsas ideas, como si efectivamente hubiesen gozado de esas dignidades, que despreciaron. Algunas veces también esta pasión introduce en el alma de un solitario el deseo de la clericatura, la ambición del diaconado y del presbiterado, haciéndole creer que si á pesar suyo se le obligase á entrar en este estado, viviría en él tan santamente, que serviría de modelo á los otros sacerdotes, y convertiría á Dios á muchas personas con el buen ejemplo de su vida y con su doctrina.

8° Para evitar las ocasiones de esta tentación es que Casiano recomienda á los solitarios evitar los obispos: « Nuestros ancianos, dice, han creído que un solitario debe absolutamente huir de las mujeres y de los obispos. Cuando se deja engolfar en la familiaridad de una ú otra de estas dos suertes de personas, después ya no puede permanecer en el descanso de su celda, ni entregarse á la divina contempla-

ción por la meditación de las cosas santas. » Fácilmente se comprende porque prohíbe á los solitarios la familiaridad con las mujeres ; pero parece sorprendente que se la prohibiese con los obispos, si esto no era para quitar á los solitarios toda ocasión de ambicionar la cléricatura por un espíritu de vanagloria ; á causa de ser entonces bastante ordinario, dice un sabio religioso ¹, que en defecto de clérigos seculares, se empleasen los monjes en los monasterios para las funciones eclesiásticas.

9° A este propósito Casiano relata una historia igualmente instructiva como singular, la cual confirma esto que acabamos de decir. « Yo me acuerdo, dice, que cuando moraba en el desierto de Scete, vi allí á un viejo que me contó lo que un día le sucedió. Habiendo ido á la celda de uno de sus hermanos para visitarle, y habiendo visto, al acercarse á su puerta, que hablaba y decía alguna cosa en alta voz, se detuvo para saber que lugar de la Escritura leía, ó recitaba trabajando, como es costumbre entre los solitarios ; pero habiendo este santo espion escuchado largo tiempo, encontró que el espíritu de vanagloria se había apoderado de tal modo de este religioso, que se imaginaba estar en una iglesia, y allí rogar delante de todo el pueblo. Este buen viejo aguardó con paciencia que hubiese acabado su sermón ; pero viendo que presto volvía á ejercer el ministerio, y que remedando al diácono hacía como si sirviese á la misa, se cansó y enseguida llamó á la puerta. Este religioso salió al momento, fué delante de este santo viejo ; le manifestó el respeto acostumbrado en semejantes ocasiones, y le hizo entrar en su celda ; y como su conciencia le hacía temer que hubiese oído una parte de su oficio, le preguntó si hacía mucho tiempo que estaba allí, y que temía mucho hubiese tenido que aguardarse en la puerta, lo que le habría sido muy incómodo. Este santo solitario le

¹ Dom Cillier.

respondió con agrado diciendo : *Me aguardaba desde que empezasteis á cantar la misa.*

10° En fin, después que Casiano ha probado con el ejemplo de los reyes Esequías y Osias (4° Reg. 20), que se dejaba envanecer por la vanidad después de haber practicado tantas virtudes, y con muchos pasajes de los Libros santos (II Paral. 6) cuanto es de temer la vanagloria, propone los medios de defenderse de ella, que son : 1° Meditar con frecuencia sobre estas palabras de David. *El Señor consume los huesos de aquellos que agradan á los hombres* (Psal. 52-7) ; 2° imponernos por ley no hacer jamás cosa alguna por el deseo de la vanagloria ; 3° renovar de tiempo en tiempo en nuestras acciones la pureza de intención que hemos tenido al empezarlas ; 4° evitar la singularidad y todo aquello que nos puede señalar, ó atraernos la estimación ó las alabanzas de los hombres ; 5° considerar que por la vanidad perdemos el mérito de los trabajos que hemos sufrido en la práctica de las virtudes, y que no solo perdemos todo el fruto de ellas, sino que nos hacemos culpables de un crimen que nos hará sufrir los suplicios del infierno, por haber manifestado tanto menosprecio á Dios, cuanto que hemos preferido la estimación de los hombres á él, y por haber pospuesto esta gloria sólida y duradera que esperamos de él á la gloria tan vana del mundo.

Por fin Casiano termina en el libro doce su obra de las *Instituciones monásticas* con un tratado contra el orgullo, en el cual manifiesta su deformidad, sus funestos efectos, las señales por las cuales uno puede conocer si está infectado de él y por que remedios se puede curar.

1° Aunque haya puesto este vicio en último lugar al tratar de los vicios capitales, confiesa que es el primero, y que precede á los otros por el orden de su nacimiento ; que es el más terrible ; que ataca particularmente á los perfectos, y que redobla su furor contra aquellos que ya están arraiga-

dos en esta consumada virtud. Así, hay dos clases de orgullo, de las cuales una ataca á las personas más espirituales, y la otra más grosera ataca á los principiantes. Una y otra se levantan contra Dios y los hombres; pero la primera se dirige más á Dios, y la segunda se detiene más con los hombres.

2° No hay vicio que corrompa más todas las virtudes en una alma y que arruine más la santidad que ella poseía; cuando los otros vicios tienen sus límites, y cada uno de ellos combate una virtud en particular, por ejemplo, la gula combate la templanza, la cólera combate la paciencia, etc. El orgullo, por el contrario, al entrar en una alma arruina en ella todas las virtudes; allí obra como un tirano que habiéndose apoderado de una fortaleza, enseguida destruye toda la ciudad y la reduce á polvo.

3° Para comprender el poder de esta tiránica pasión, no hay más que considerar lo que hizo á Lucifer; el solo orgullo le precipitó del cielo, y habiéndole echado de la sociedad de los ángeles, lo hizo caer hasta el profundo de los abismos; que si un solo movimiento del corazón precipitó del cielo á la tierra á un ángel de una hermosura y de un poder tan singulares, ¿ cuánto más debemos temblar nosotros que somos tan miserables? Tal fué la causa de la primera ruina mayor que cuantas haya habido; tal fué la raíz del más grande de todos nuestros males; pues esta peste del ángel rebelde se comunicó al hombre haciéndole prevaricar, estando persuadido que por sí mismo podría adquirir la divinidad. Estas terribles caídas deben hacer comprender á los más perfectos cuanto deben temer el orgullo y con que humildad deben implorar contra él el auxilio de Dios, diciéndole con el Profeta: *Señor, que no venga en contra de mí el pié de la soberbia* (Psal. 35-12).

4° El orgullo es propiamente el vicio que se opone á Dios, y por eso se ha dicho en la Escritura que *Dios re-*

Tom. 3.



Site Syncretique
Sainta Similitica

Imp. de Courcier, Paris.

das en esta consumada virtud. Así hay dos clases de orgullo, de las cuales una ataca á las personas más espirituales, y la otra más grosera ataca á los principiantes. Una y otra se levantan contra los ángeles y los hombres; pero la primera se dirige más á Dios, y la segunda se detiene más con los hombres.

2.º No hay vicio que corrompa más todas las virtudes en una alma y que arruine más la santidad que ella poseía; cuando los otros vicios tienen sus límites, y cada uno de ellos combate una virtud en particular, por ejemplo, la ira combate la templanza, la cólera combate la paciencia, etc. El orgullo, por el contrario, al entrar en una alma arruina en ella todas las virtudes; allí obra como un tirano que habiéndose apoderado de una fortaleza, enseguida destruye toda la ciudad y la reduce á polvo.

3.º Para comprender el poder de esta tiránica pasión, no hay más que considerar lo que pasó á Lucifer; el solo orgullo le precipitó del cielo, y habiéndolo echado de la sociedad de los ángeles, lo hizo caer hasta el profundo de los abismos; que si un solo movimiento del corazón precipitó del cielo á la tierra á un ángel de una hermosura y de un poder tan singulares, ¿cuánto más debemos temblar nosotros que somos tan miserables? Tal fué la causa de la primera ruina mayor que cuantas haya habido; tal fué la raíz del más grande de todos nuestros males; pues esta peste del alma rebelde se comunicó al hombre haciéndole prevaricar. Cuando persuadido que por sí mismo podría adquirir la divinidad. Estas terribles cosas deben hacer comprender á los más perfectos cuánto deben temer el orgullo y con que humildad deben implorar contra él el auxilio de Dios, diciéndole con el Profeta: Señor, que no venga en contra de mí el pie de la soberbia (Psal. 35-12).

El orgullo es propiamente el vicio que se opone á Dios, y por eso se ha dicho en la Escritura que Dios re-

Tome 3.



Gravé par

Imp. G. Charbonnier à Paris

St. Synélique.

Santa Sinclitica.